

PROMOCIÓN PÚBLICA DE UN HÁBITO PRIVADO

[Publicado en la sección TRIBUNA de
“el Periódico EXTREMADURA”
el 23 de abril de 2001]

Todos los años la fecha del 23 de Abril sirve de marco a un alud de reflexiones sobre el presente y el futuro del libro. Un reciente estudio sobre los hábitos de lectura en nuestro país arrojaba unos datos que, sin ser aterradores, sí que nos deben mover a reflexión. Según dicho informe, el 42% de los españoles no leen nunca o casi nunca, el 22% de los entrevistados leen libros alguna vez al mes o al trimestre y sólo el 36% de los entrevistados lo hacen 'alguna vez a la semana', índice de frecuencia lectora que en nuestra comunidad autónoma oscila entre el 31 y el 33%.

Es cierto que la *Sociedad de la Información* permite nuevas formas de acceso al conocimiento y que gran parte de la documentación que manejamos comienza a ser de procedencia digital o electrónica, pero sea cual sea el soporte de los textos, la lectura sigue siendo la única forma de interiorizar la información y de relacionar significativamente sus contenidos. También es verdad que los audiovisuales y la comunicación icónica van ganando terreno en nuestra 'sociedad de la imagen', pero no es previsible que desplacen a la información textual, porque sólo cuando una imagen es integrada en un universo de significado puede constituir un conocimiento estructurado y complejo. Las imágenes sólo realizan una transmisión cultural si además de *vistas* son *leídas*, algo que ya sabían muy bien quienes en la Edad Media planificaron los programas iconográficos destinados a educar a una población casi exclusivamente analfabeta. Además, todo este enorme flujo de información audiovisual que se mueve incesantemente en la red suele estar complementada -combinada o yuxtapuesta- por una información textual, vehículo del conocimiento profundo, del conocimiento discursivo o dialógico (de hecho la *web* es un ejemplo acabado de esta 'técnica mixta' de información textual, icónica y auditiva).

Por otra parte, explotar de forma inteligente, activa, selectiva y 'relacionalmente' la información que fluye en la red -'navegar' por internet- exige una capacidad avanzada de lectura. A pesar de esta apariencia de *telepatía mecánica* (que según Savater es constituye el gran atractivo de la 'red'), las nuevas tecnologías de la información puede que nos eximan de almacenar libros pero nunca de leerlos. El libro 'virtual' no redime de la 'penitencia' que para algunos parece ser la lectura. Quizá se está operando una convergencia entre biológica e informática, pero al menos por ahora los biochips capaces de descargar la información electrónica en el genoma humano pertenecen al campo de la literatura de ciencia ficción o a películas tipo Matriz. Los especialistas creen, por el contrario, que el conjunto de habilidades psicofísicas que intervienen en la lectura comprensiva se desarrollan mejor sobre el papel que en soportes digitales. Los procedimientos gráficos, las disposiciones tipográficas, la adecuación de las cajas al campo perceptivo del ojo humano y las impresiones nítidas son, hoy por hoy, el mejor campo de entrenamiento para el desarrollo de una capacidad de lectura eficaz, rápida y silenciosa.

Por otra parte, el libro siempre conservará un prestigio añadido. Señalaba José María Guelbenzu que cuando el apóstol de las autopistas de la información quiso explicar las virtualidades de la 'red' lo hizo en forma de libro impreso sobre el papel. No fue por fetichismo, ni por la dudosa inmortalidad que el ingreso en este universo de papel pueda

proporcionarle a un autor, sino porque una reflexión compleja, que exija la lectura pausada, relectura, subrayado y anotación al margen, necesita de este soporte tradicional. El único que por ahora ha desarrollado una cultura tipográfica, de subdivisión en capítulos, epígrafes, notas a pie de página, sangrados de márgenes, reducción de cuerpos para citas, blancos, portadillas y demás recursos que permitan una jerarquización visual de los contenidos y una transferencia rápida y eficaz de información compleja.

Por todo ello, el desarrollo de los hábitos lectores y la familiaridad de los ciudadanos con los libros responde al doble criterio democratizador de la cultura que debe presidir la acción política de cualquier administración pública. La dificultad estriba en llevar a cabo la promoción pública de un hábito que sólo cuando arraiga como hábito íntimo, personal llega a perdurar a lo largo de toda la vida. Incentivar la lectura en las escuelas e instituciones es, desde luego, imprescindible, puesto que si no se desarrolla el gusto de la lectura durante la infancia, y se preserva durante la adolescencia, es muy difícil que se adquiera luego. Tampoco hay que descuidar la rentabilización de la red de bibliotecas, bien dotada y nutrida en nuestra región, desarrollando estrategias de animación a la lectura, investigando experiencias que han dado resultado en otros sitios, impartiendo cursos de formación para bibliotecarios y libreros con objeto de conseguir esa atención personalizada que es la base de toda 'fidelización clientelar', apoyando tertulias y clubes de lectura, estableciendo horarios que faciliten el acceso conjunto de padres e hijos a las bibliotecas y la consiguiente implantación doméstica del hábito lector, favoreciendo el prestigio social de los libros con su presencia en los medios de comunicación... Fomentar la excelencia literaria mediante publicaciones rigurosas, combinándolo con becas a la creación o talleres de escritura constituye también un 'modo de llegar a la lectura por el camino de atrás, como espejo en el que juzgar y contemplar las propias imperfecciones'. Desarrollar, en fin, un plan sistemático, dilatado en el tiempo, consensuado, socialmente asumido, y que vaya más allá de la campaña bienintencionada, efímera y un punto folclórica que suele cometerse con motivo del Día del Libro. Esa es la apuesta.